

República Dominicana: huelgas cada vez más frecuentes

Dario Tejeda

DARIO TEJEDA: Investigador social dominicano. Actualmente, encargado del Banco de Datos del Centro de Información y Comunicación (CICOM), en Santo Domingo.

Desde 1984, se han sucedido en la República Dominicana numerosas huelgas generales, que han paralizado total o parcialmente las actividades productivas (industria, agricultura, minería, etc.), así como las labores comerciales, bancarias, los servicios colectivos a la población, actividades recreativas y otras.

Aunque las huelgas generales son una experiencia que comenzó formalmente en el país en los años 60, tras la caída de la dictadura trujillista y antes de la Revolución de Abril de 1965, es durante los 80, y particularmente a raíz de la rebelión popular de abril de 1984, cuando se generalizan y comienzan a constituir una tradición en las acciones de protesta social.

Años de convulsión

La década de los 80 es precisamente un decenio en el que la sociedad dominicana comienza a vivir los efectos de la peor crisis económica de su historia republicana, y de nuevos cambios sociales, políticos y culturales, que hacen de la actual una sociedad muy diferente de la que era hasta aproximadamente los años 70.

Estos desafíos están marcados por el rompimiento de la estabilidad relativa de que gozó en lo económico, desatándose fuertes olas inflacionarias, la devaluación de nuestra moneda, la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, un peso desorbitante de la deuda externa, junto a una profunda crisis de las exportaciones tradicionales, la expansión de los sectores productivos denominados informales, crisis y quebraduras de empresas estatales y efectos negativos de todos esos factores en las políticas fiscales, crediticias, cambiarias y sociales del Estado. Todo ello en el marco de la aplicación de políticas de austeridad y programas de ajuste bajo las fórmulas monetaristas y privatistas como las que de manda e impone el Fondo Monetario Internacional.

En ese contexto, se han producido las crisis y fracasos de las principales organizaciones políticas, el desorden moral, que abate tanto a las entidades del Estado como a la casi totalidad de instituciones llamadas a sostener el ordenamiento vigente y, finalmente, el resurgimiento de un nuevo período de desequilibrios sociales y protestas populares.

Los acontecimientos de los días 23, 24 y 25 de abril de 1984 parecen constituir el más dramático reflejo de los cambios y convulsiones sociales que afectan a la actual sociedad dominicana. Aunque las tendencias de crecimiento de las protestas sociales venían desde finales de los años 70, es sin embargo a partir de aquellos hechos que toman vigor, se sistematizan, asumen caracteres violentos y se convierten en una nueva etapa de ascenso de los movimientos populares, obligando al Estado y las diversas instituciones a tomarlos en cuenta como factor de opinión y decisión.

Cuadro 1

**Protestas según sector social
1983-1988**

AÑO	TOTALES		OBRE- ROS	CAMPE- SINOS	SECT. POPS.	PROFESIO- NALES	ESTUDIAN- TES	OTROS
	Nº	%						
1983-1988	1.564		357	220	574	256	107	51
%		100	22.8	14.1	36.7	16.4	6.8	3.2
1983	107	6,8	45	39	13	4	6	--
1984*	103	6,6	37	16	41	4	1	4
1985**	185	11,8	36	12	51	54	29	3
1986	293	18,8	90	38	68	70	24	3
1987	417	26,7	85	59	189	51	25	8
1988**	459	29,3	64	56	212	73	22	33

* Sólo incluye hasta agosto. ** Sólo incluye hasta septiembre.

Fuente: Datos sistematizados por el autor, a partir de las «Cronologías de Luchas Populares», editado por el Centro Dominicano de Estudios de la Educación (CEDEE), y de investigaciones propias.

Nuestras investigaciones acerca de las acciones de protesta social en el país desde 1983 hasta hoy (ver Cuadro 1), indican que, cuando menos -y a riesgo de subestimar la totalidad real de hechos-, en República Dominicana se realizaron 1.564 acciones de protesta social de las clases populares y las capas medias desde aquel año hasta septiembre de 1988, exceptuando algunos lapsos. De ellas, el 74,7% se realizó entre 1986-1988, o sea, 1.169 acciones. Nunca antes en el país se había llevado a cabo un número tan elevado de protestas, en tan corto periodo.

Quiere decir que desde que los sectores de bajos ingresos «descubrieron» que las calles son un buen espacio para expresar sus inconformidades, jamás se han detenido, sino más bien han crecido las actividades de reclamo, como los paros, piquetes, marchas y movilizaciones, ocupaciones de tierras, iglesias y oficinas, vigiliias, entre otras.

Las huelgas generales

Las huelgas generales en esta década en el país parecen originarse sin ninguna dirección política, es decir, como una acción espontánea, como fue la jornada de protestas de abril de 1984, las que se convirtieron por si mismas en la primera huelga general, paralizando las actividades del país durante casi tres días, aunque la población no fue convocada para ello. Sencillamente, masas empobrecidas tomaron las calles violentamente, efectuando uno de los más influyentes acontecimientos de nuestra historia reciente ..

Las sucesivas paralizaciones generales también han tenido un elevado componente de violencia, con enfrentamientos entre manifestantes y agentes policiales y militares, incendios de oficinas, comercios, tiendas y locales del partido oficial, muertes, decenas de heridos y apresados, entre otros resultados.

Todo parece indicar que esa ausencia de conducciones políticas se relaciona con la crisis y la debilidad de los partidos, tanto de derecha como de izquierda, del Estado y otras instituciones fundamentales. Estas no parecen entender la dinámica que los nuevos cambios sociales han impreso en los sectores populares del país.

El contexto en que se han producido las distintas huelgas generales revelan altos niveles de insatisfacción y descontento social, motivados en asfixiantes alzas de precios en los productos de consumo básico, reducción de la capacidad adquisitiva de los salarios, pérdida de confianza en las autoridades gubernamentales, combinación de distintos sectores en pie de protesta. En resumen, un cuadro social donde las inclinaciones a la violencia colectiva se ponen a la orden del día. La huelga general convocada por diversos sectores populares para los días 19 y 20 de junio de 1989 no escapa a una situación similar, con la peculiaridad de que es la primera convocada por 48 horas.

Sin lugar a dudas que las huelgas generales, como fenómenos de resistencia y deseos de cambio en las políticas gubernamentales, son las que le dan tinte opositor a

las huelgas. Pero en el caso dominicano esa actitud no ha figurado entre los objetivos de ninguno de los paros nacionales. Por lo menos no de manera explícita.

Desde abril de 1984, en el país se han efectuado siete huelgas generales, seis de ellas formalmente convocadas y una producto de las mismas circunstancias (abril/1984). Sólo una convocatoria ha fracasado, en tanto paro nacional (el anunciado para el 5 de abril de 1988), aunque se realizaron en distintas zonas del país paros parciales y movilizaciones aquel día. Una convocatoria fue depuesta por los sectores auspiciadores debido a que, horas antes de iniciarse, el 9 de julio de 1985, el presidente de turno, Salvador Jorge Blanco, accedió a la demanda principal que la motivaba, un alza salarial.

Una visión panorámica de los paros nacionales indica que en 1984 se realizaron dos: el 23, 24 Y 25 de abril (de hecho, no convocado) y el 9 de mayo. En 1985 dos: el 11 de febrero y el 20 de junio. En 1987 uno, el 28 de julio. En 1988, uno, el 9 de marzo. El último fue el del 19-20 de junio de 1989, constituyendo la tercera huelga general durante la presente gestión del presidente Joaquín Balaguer y la cuarta convocada.

No sólo un desahogo

Aunque para algunos analistas las manifestaciones de protesta social son una forma de «desahogo» utilizado por sectores sociales descontentos, deseosos de expresar vigorosamente su estado de ánimo, en el caso dominicano las huelgas generales no parecen ser sólo eso. Los hechos parecen indicar que se trata también de nuevas experiencias de lucha acumuladas por los grupos subalternos, las que se suman a las ya adquiridas en procesos y acontecimientos anteriores, incluso los grandes procesos de nuestra historia. Todas las huelgas generales efectuadas han estado precedidas de múltiples manifestaciones sociales y aparecen sólo como la culminación de tales acciones.

Por esta razón, quizás en los paros nacionales se consuman hechos de violencia de masas espontáneos, que parecen estar dirigidos a provocar una reacción inmediata de las autoridades y sectores a los que se dirigen las demandas. La misma violencia de masas tiende a expresarse de cualquier modo, dado que sus protagonistas generalmente no responden a las orientaciones de fuerza política alguna, así como en su mayoría no están encuadrados en las organizaciones sindicales, barriales, campesinas o profesionales. Desorganizados, esos sectores manifiestan sus de-

mandas más de modo expresivo que a través de formas instrumentales, como serían los partidos y las asociaciones de la sociedad civil.

Como fuere, la capacidad de convocatoria demostrada por los movimientos sociales, la fuerza organizativa creciente que presentan y la certeza demostrada para interpretar las aspiraciones de las mayorías nacionales, hacen de tales movimientos un fenómeno que no podrá pasar desapercibido por los sucesivos gobiernos. Los procesos sociales más recientes indican que progresivamente está germinando en el país un polo popular, integrado por una variedad heterogénea de sectores, que potencialmente podría convertirse en una nueva fuerza social con amplia capacidad de poder.

Tal posibilidad se refuerza, en la medida en que el sistema político dominicano se caracteriza por su cerrazón frente a estos movimientos sociales, no desarrollando una capacidad integradora y reiterando así manifestaciones de autoritarismo que entorpecen cualquier proceso democrático. Antes que acceder a la mesa de negociación y atender los reclamos de las mayorías, que se expresan por esos canales ante la debilidad de las instituciones tradicionales, y de darles participación en las definiciones estatales, los sucesivos gobiernos se niegan a ello, o tratan de utilizarlos instrumentariamente. En esas circunstancias, el recurso para justificar su actitud es acusar a estos movimientos sociales y sus convocatorias de huelgas generales de «conspirativos», «subversivos» y «desestabilizadores».

¿Hacia dónde van?

Siendo que las huelgas generales expresan los nuevos cursos de acción que están tomando los movimientos populares en la República Dominicana, éstas no podrían entenderse sin comprender las particularidades de aquellos movimientos, y hacia dónde pueden ir.

Por una parte, y tomando en cuenta que hasta los propios sectores afectados reconocen la justeza de los reclamos sociales, no parece que el desarrollo e inclinaciones violentas de los movimientos populares puedan ser detenidos, sin producir significativos cambios sociales, principalmente en las estructuras económico-sociales y políticas. En efecto, resulta casi imposible suponer que los pobladores barriales abandonarán sus movilizaciones antes de que previamente se solucionen problemas acuciantes para su vida cotidiana, como son la falta de agua potable, las deficiencias y carencias de los servicios de salud, higiene urbana, educación, calles, alcantarillado, transporte, alumbrado eléctrico y otros.

Igual pasa con los campesinos: nadie asegura que dejen de ocupar terrenos rurales sin antes modificar la estructura de tenencia de tierras y dotarlos de servicios elementales a la producción agropecuaria. Con las capas medias, los jóvenes, los desempleados, las mujeres, etc., sucede algo similar.

Por otra parte, todo parece indicar que solamente variando el curso de la actual situación de empobrecimiento y deterioro generalizado de las condiciones de vida de las mayorías, pueden ser paliadas las olas movilizatorias de las capas más pobres. Lo cual, evidentemente, requiere de un programa de cambios, que implica el sacrificio de los sectores de mayores ingresos y variaciones esenciales en las políticas estatales. De lo contrario, los vientos sólo pueden augurar más tempestades.